VEGI

El caracol carnívoro

Pablo de la Rocha
y
Pablo de la Rocha Anastasía

VEGI,EL CARACOL CARNÍVORO

ISBN 978-84-941414-7-8
Depósito Legal M-38560-2015
Imprime: ANZOS

I

Aquel día, como cada mañana, Vegi se despertó con los primeros rayos de Sol, asomó despacio de su caliente caparazón y enseguida vio su reflejo en las pequeñas gotas del rocío matutino.

De pronto un sentimiento de tristeza le invadió.

-¡Sigo siendo un simple caracol !!!.

Todas las noches antes de dormir Vegi imaginaba que era un fiero tiburón blanco surcando las aguas y atemorizando a todo animal que osase acercarse a su lado.



Otras veces soñaba que era un enorme león africano. ¡El rey de la selva!

Pero cada mañana, al despertar, sus sueños se desvanecían y la realidad se imponía indefectiblemente. No era más que un pequeño y baboso caracol de campo.

Aquella mañana, Vegi, triste y cabizbajo, comenzó a avanzar hacia el grupo.

-Buenos días Vegi- dijo su Madre al verle.

-Hola - replicó Vegi en tono tristón.

-¿Qué te pasa hijo?- preguntó preocupada su madre.



-Ven a desayunar chiquitín - añadió su padre.

-¡Déjame en paz ! Respondió enfurecido Vegi. No

soy ningún chiquitín... ¡No pienso desayunar!... ¡No

soy un vegetariano como vosotros!...

-¿Qué te ocurre Vegi?, ¿Por qué estás tan enfadado?, cuéntanoslo y te ayudaremos, dijo su padre.

-Déjame en paz !!! ¡tú no puedes ayudarme!

Vegi se marchó enfurecido dejando a su familia muy preocupada.

Su padre prefirió no seguirle, esperando que se le pasase el enfado.

-Se habrá levantado de mal humor, dijo la madre. Dentro de un rato se le habrá pasado.

Pero Vegi no estaba simplemente de mal humor.

Vegi no aguantaba más ser un simple caracol. No entendía por qué, de todas las especies que habitaban el planeta, tenía que haber nacido caracol. Un baboso molusco gasterópodo!

Mientras se alejaba del grupo, Vegi no paraba de pensar en su "mala suerte". Cómo podía la vida haberle tratado tan mal. ¿Podría acaso cambiar su destino?



¿Y si, en vez de comer hojas, probaba a comer carne? o mejor aún ¿y si se convertía en un peligroso depredador? Podría aprender a cazar.

¿Por qué no?, cosas más raras se habían visto...

II

Al cabo de un rato, Vegi se dio cuenta de que, de tanto pensar y andar a la vez, había perdido la noción de dónde estaba.

No reconocía aquel entorno. Era seco y arenoso y un sentimiento de miedo invadió todo su cuerpo.

-¿Dónde estoy?

De pronto Vegi se dio cuenta de que no estaba solo...

Detrás de una piedra se escuchó una voz grave y redonda...

-¿Te has perdido?



-Hola, replicó tímidamente Vegi.

-¿Qué hace un joven caracol solitario en un sitio como este?.
Vegi sintió un escalofrío tremendo en todo su cuerpo al ver a su interlocutor asomar de detrás de la piedra. Era un enorme escorpión.

Pensó que iba a morir triturado por aquellas enormes pinzas y sintió unas



repentinas ganas de seguir siendo un baboso caracol.

-Tranquilo, chaval. No te voy a hacer nada y, aunque quisiera, no podría hacerte nada. Los caracoles tenéis mucha suerte de viajar siempre con vuestra casa a cuestas. Así, nadie puede haceros nada. Os escondéis y punto. Yo, en cambio, tengo que ir siempre huyendo a toda velocidad para que no me coman.

- ¿Tú? ¿huir?. Pero si eres un escorpión. Todo el mundo te tiene miedo.

-¡Ja ja ja! El escorpión soltó una carcajada.

-¿Miedo dices? Pregúntale a los búhos, lagartos, sapos, ciempiés y arañas de por aquí a ver si me tienen miedo. ¡En cuanto me descuido un segundo, tengo alguno de ellos intentando merendarme!

¡Miedo, dice! la vida del escorpión no es nada fácil. Tú en cambio tienes suerte. Llevas un concha en la que poder esconderte y si se te rompe la regeneras. Además puedes pegarte a las paredes y andar boca abajo. No tienes que salir a cazar todas las mañanas. Basta con que te encuentres una hoja y ya tienes comida...¡ah! y encima puedes levantar hasta diez veces tu propio peso.

- ¡Pues yo quiero ser carnívoro!, ¡Un depredador como tú!, respondió Vegi en tono altivo y casi amenazante. Quiero que todo el mundo me tenga miedo y me respete. Me encantaría además tener veneno como tú y un aguijón enorme del que sentirme orgulloso. Tú eres uno de los animales más temidos y respetados de la tierra. ¡Un símbolo de poder! Y casi un Dios en algunas culturas...¡Hasta hay una constelación con tu nombre!, ¡ah, y un signo del Zodiaco!

-Nunca lo había visto de esa forma. Gracias Chaval. Me has hecho ver las cosas buenas que tengo. No me había fijado en lo que “mola” mi aguijón. Ya no me da tanta pereza salir a cazar!

Gracias por hacerme ver lo bueno de ser yo mismo.

Vegi se quedó sorprendido y muy pensativo. No podía creer que un escorpión en algún momento hubiese querido ser como un caracol. Cómo no se había dado cuenta de lo “guay” que era tener un aguijón y pinzas… ¿Quién querría llevar una casa a cuestas y comer hojas? Pensó que quizás, aquel animal estuviese mal de la cabeza. Al fin y al cabo estaba lleno de veneno que le podía haber alterado el cerebro.

Vegi se despidió educadamente y siguió avanzando.

-¡Adiós chaval! dijo el escorpión. Recuerda que eres un tío con mucha suerte. ¡Cuídate mucho!

-Adiós, respondió Vegi.

III

Vegi siguió reptando y pensando en lo que había pasado cuando de repente se encontró con un saltamontes.

No pudo evitar imaginar lo bueno que sería ser tan rápido. ¿Por qué él era tan lento?, tenía que desplazarse soltando una baba pegajosa y tardaba horas y horas en llegar a los sitios.

En cambio, aquel saltamontes podía recorrer de un solo salto distancias enormes.

Una vez más pensó que la vida era muy injusta.

-Hola caracol, ¿qué haces tú por aquí?, preguntó curioso el saltamontes.

-Estoy cazando, dijo Vegi con aire de superioridad.

-¿Ah, sí?, y ¿qué estas cazando?

-De todo, respondió Vegi.

-No sabía que los caracoles cazasen, respondió extrañado el saltamontes.



-Yo no soy un caracol común. Soy un caracol carnívoro.

-¿Quieres que cacemos juntos? Preguntó el saltamontes amablemente.

Vegi se quedó un tanto pensativo. No se esperaba esa pregunta. No sabía bien qué contestar. Una cosa era decir que cazaba y otra muy diferente era hacerlo de verdad y encima en compañía.

No sabía siquiera por dónde empezar a cazar. Además, siendo tan lento, ¿cómo iba a capturar una presa? Había visto cómo otros animales cazaban. Muchos de ellos lo hacían gracias a su velocidad, otros usaban veneno para inmovilizar a sus presas. Las arañas, por ejemplo, usaban sus telas invisibles como

trampa, para atrapar a las suyas, pero él no era rápido, ni tenía una lengua desplegable y, desde luego, no sabía tejer. Solo era un caracol vegetariano con aires de grandeza.

Vegi se sintió abatido de nuevo y contestó con un: bueno.

El saltamontes miró a Vegi y preguntó:

-Y, ¿qué te gusta cazar?

-No sé, dijo Vegi mientras pensaba en cómo salir de esa situación tan incómoda; especialmente teniendo en cuenta su lentitud de movimientos.

-A mí me encantan los mosquitos, dijo el saltamontes, sobre todo los chiquititos... ¡mmm, están riquísimos! ¿ y a ti?

Vegi volvió a sentir el peso de la vergüenza.

-A mí también, añadió esquivando la mirada del saltamontes.

-Pues, vamos a cazar juntos, ¿qué te parece? ¡me muero de hambre!

Aquella situación era del todo insostenible. Vegi había mentido para darse importancia y ahora no sabía cómo salir de ella. ¿Qué pensaría aquel saltamontes de él si supiera que en realidad era sólo un caracol normal y corriente?

Vegi estaba completamente avergonzado y estaba a punto de ponerse a llorar cuando el saltamontes empezó a hablar de nuevo.

-Siento mucho oír que no eres vegetariano. Siempre he pensado que los caracoles tenían muchísima suerte precisamente por ser vegetarianos. ¿Sabías que los caracoles, no tú, obviamente, que eres carnívoro, sino el resto de caracoles, cuando no tienen otra cosa pueden comer tierra? y cuando no encuentran ni siquiera tierra pueden encerrarse en sus caparazones e hibernar y así no tener ni siquiera que comer.

Vegi miró atónito al saltamontes. No sabía que los caracoles pudieran hacer

eso. Sabía que él mismo nunca tenía sensación de hambre pero ignoraba que no necesitase ni tan siquiera comer.

El saltamontes siguió hablando:

- Yo, en cambio, tengo que estar todo el día de arriba abajo y de acá para allá buscando insectos que echarme a la boca y pendiente de que no me vean los pájaros, para que no me engullan de un picotazo.

Una vez más Vegi estaba atónito. ¿Acaso el saltamontes no era consciente de la suerte que tenía? ¿Estaban todos chiflados en aquel lugar?

-Pero tú tienes unas patas enormes que te permiten saltar lejísimos, dijo Vegi.

-Sí, pero tengo que tener cuidado de que no se me rompan, y de no saltar muy alto para que no me vean los pájaros, ni las ranas. Tú, en cambio, no tienes patas de las que preocuparte y tienes el escondite siempre encima. A mí, si se me rompe una pata... ¡ciao! ya me puedo despedir de este mundo.

Vegi no lograba entender cómo un animal tan ágil, fuerte y poderoso podía preferir ser una babosa con cáscara como él.

-Tú tienes la posibilidad de viajar y saltar libremente. Eres fuerte y temible para muchos insectos. Hasta algunos

hombres te tienen miedo. He visto chillar a niños nada más verte. ¡Eres imponente!, le dijo Vegi al saltamontes con todo el ímpetu que puede llegar a usarse para decir esas palabras.

El saltamontes miró a Vegi con los ojos muy abiertos. De pronto, una sonrisa plácida llenó su cara.

-¡Tienes razón!, dijo el saltamontes. Nunca lo había visto de ese modo. Muchas gracias Vegi. ¡Me has abierto los ojos! ¡Me has hecho feliz!. Y saltando se alejó a toda velocidad mientras gritaba de alegría: ¡yuhuuu! ¡soy un saltamontes! ¡yuhuuu!

Vegi se quedó completamente petrificado... Ahora sí que no entendía

nada de nada. ¿Qué acababa exactamente de pasar? ¿Cómo un saltamontes no veía lo que tenía? ¿Cómo va a pensar un imponente saltamontes que ser caracol pueda ni remotamente ser mejor?

Definitivamente en aquel lugar estaban todos locos.

IV

La luz del sol empezó a atenuarse y Vegi se dio cuenta de que pronto oscurecería. No sabía dónde estaba y aquello le inquietaba bastante. Aunque tenía miedo no podía parar de pensar en sus encuentros con el escorpión y el saltamontes.

Le pareció raro que aquellos poderosos insectos ignoraran sus cualidades. ¿Cómo era posible que se quejaran de sus poderosos atributos? ¿Cómo podían quejarse por tener que cazar? Él, que era un simple caracol, y que estaba solo y perdido, sí que tenía motivos para quejarse. Les hubiese estado bien empleado tener que soltar

babas como él, como castigo por no saber reconocer...

Sus pensamientos se detuvieron de repente. Vegi había tenido una idea: ¡babas, eso es!, se dijo a sí mismo. Si sigo el rastro de mis babas podré volver a casa.

Vegi giró sobre sí mismo y empezó a seguir su propio rastro. Miró hacia el sol y calculó el tiempo que le quedaba más o menos de luz. Tenía que llegar con su familia antes de que se hiciera de noche. Empezó a avanzar todo lo rápido que pudo. Cuanto más avanzaba más relajado empezaba a encontrarse. Siguió recordando las palabras del saltamontes y del escorpión cuando de repente escuchó un débil quejido a un

lado del camino. Era una mariquita herida que casi no podía mantenerse en pie.

-¿Qué te ha ocurrido?

La pobre mariquita casi no podía hablar.

-Un escorpión me ha atacado.
-¿Un escorpión? ¿Por qué iba a hacerte eso un escorpión?, pregunto Vegi.



-¿Cómo que por qué?, preguntó la mariquita atónita. Es lo que hacen los escorpiones, añadió con voz de dolor.

-Sí, quiero decir...

Vegi estaba hecho un lío. Él que siempre había querido ser cazador sentía lastima de la pobre mariquita. Él que admiraba a los depredadores se compadecía de aquella indefensa coleóptera.

-He podido salir volando antes de que me clavara el aguijón pero me ha roto con sus pinzas parte del ala y una pata.

-Pero ¿por qué?, repitió Vegi.
-Para comerme, obviamente. Replicó la mariquita enfadada.

-Tu y yo somos herbívoros y no hacemos mal a nadie pero ellos son depredadores. Ellos matan para comer. Necesitan cazar. Es lo que hace su especie para vivir.

Vegi se dio cuenta de lo que realmente significaba ser carnívoro. Quizás fuese atractivo en su imaginación pero al ver el daño que le habían infligido a aquel pequeño insecto empezó a perder el interés por la caza.

-¿Dónde vives?, preguntó Vegi.

-Al otro lado del río, respondió la mariquita.

-Yo no he visto ningún río.

-Ya, es que he venido volando pero ahora no puedo volver, respondió la mariquita entre sollozos.

Vegi se acordó de lo que le había dicho el escorpión. "Tienes una cáscara que si se te rompe se regenera" y "podéis levantar hasta diez veces vuestro peso".

A Vegi se le volvió a ocurrir una gran idea:

-Ya se lo que podemos hacer. Te pondré un poco de mi baba en el ala para que se te cure y te subiré en mi caparazón para llevarte hasta un lugar seguro.

-¿Baba?, preguntó la mariquita con cara de asco.

-Sí, la baba de los caracoles ayuda a repeler a otros insectos pero además es bactericida.

-¿Bactericida?, preguntó extrañada la mariquita.

-Sí, evita infecciones que producen las bacterias y hay quien dice que ayuda a regenerar las células de la piel. Te ayudará a curarte antes y además evitará que otros insectos vengan tras nosotros.

-Suena bien. Muchas gracias, dijo la mariquita.

Vegi experimentó un orgullo que nunca antes había sentido. Por primera vez

sentía que tenía unas cualidades únicas; suyas propias; de nadie más.

Unas cualidades que solo él poseía, no solo por ser caracol sino por saber aquello que solo él sabía y también por poder ayudar a otro ser vivo que lo necesitaba.

Por primera vez Vegi se sentía bien. Ya no pensaba en sí mismo. Tenía una sensación agradable al poder ayudar a aquella pequeña mariquita. Sabía que su baba, a la que tanto había odiado, le ayudaría a mantener alejados a los depredadores e impediría que la mariquita hubiese tenido una infección. Gracias a él la mariquita estaría a salvo.

V

La noche se fue cerrando y Vegi seguía maravillado.

Se sentía tranquilo y se percató de que sus sentidos estaban más alerta que de costumbre.

En aquel momento Vegi no era aún consciente de ello, pero los caracoles son animales nocturnos. Prefieren la sombra que el sol, pero hasta entonces Vegi había estado luchando contra su esencia.

Jamás había experimentado una sensación de templanza tan placentera.

Notó como su olfato se hacía cada vez más agudo y le guiaba por el camino hacia el lugar donde estaban sus padres y amigos.

Anduvo toda la noche hasta llegar hasta el grupo.

Sus padres al verlo pegaron un grito de alivio. Habían estado preocupadísimos.

-Vegi ¿dónde has estado?, gritó su madre aliviada.

-Vegi, chiquitín, digo..., tartamudeó su padre.

-¡Papá, mamá! gritó Vegi. Necesitamos ayuda, llevo una mariquita mal herida en mi caparazón.

-¿A ver?, déjanos ver ¿qué ha ocurrido?

-¡Un escorpión le ha atacado!

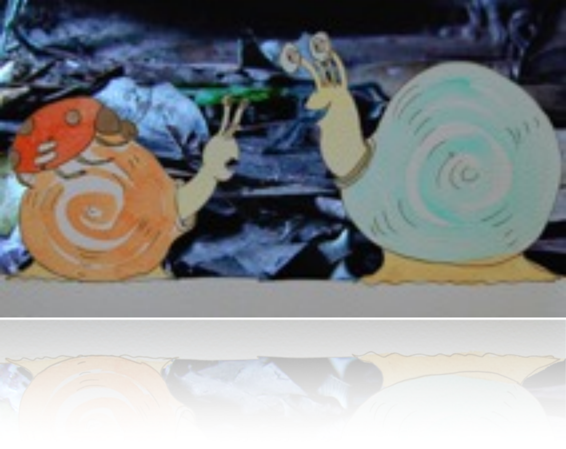
El resto del grupo se acercó para intentar ayudar.

-¿Le ha inyectado el veneno? preguntó el abuelo de Vegi.

-No, no le dio tiempo, respondió Vegi. Pero le ha roto parte del ala y una de las patas.

-Déjame ver, dijo el abuelo mientras inspeccionaba más de cerca a la mariquita.

-¿Le has puesto baba? preguntó sorprendido el anciano.



-Sí, respondió Vegi.

-¡Bien hecho! dijo el abuelo. ¡Le has salvado la vida!

Vegi volvió a sentir de nuevo aquella sensación tan reconfortante de orgullo.

-Eso espero, respondió aliviado Vegi.

-Mañana estará recuperada y lista para volver a casa, dijo su madre.

Aquella noche Vegi no soñó con ser tigre, ni león, ni tiburón.

No echaba de menos nada. No quería ser de otra forma. Era perfecto tal cual. Aquel día empezó a disfrutar.

No se volvió a comparar con los demás.

Todo estaba en su sitio y justo donde debería estar.



FIN